



Otra vez domingo

Una aventura de Plinio

Francisco García Pavón

Mientras Franco agoniza, el Gobernador Civil ha prohibido a Manuel González, *Plinio*, intervenir en casos policíacos criminales, ajenos a su labor de mero jefe de la Guardia Municipal de Tomelloso. Apesadumbrado ante tan injusta orden, el detective manchego intenta paliar su tristeza y aburrimiento con los preparativos de la boda de su única hija, Alfonso.

En medio de este ambiente crepuscular, un domingo —*Plinio* odia los domingos— recibe la noticia de la desaparición de un médico, don Antonio, pero el guardia tomellosero se encuentra atado de pies y manos para poder actuar. Alentado por su inseparable don Lotario y el inspector Mansilla, *Plinio* emprende la investigación de tapadillo, extraoficialmente, para matar la abulia dominical.

Como dice en el prólogo Alicia Giménez Bartlett, creadora de la inspectora *Petra Delicado*, *Otra vez Domingo* «ofrece unos personajes que, desde la víctima a los testigos, son tan risibles como trágicos en el fondo. Tenemos, como siempre: diálogos vivos, un lenguaje riquísimo, humor de buena ley y un estudio de la sociedad pueblerina de la época absolutamente certero. ¡Ah! y grandes cantidades de cigarrillos encendidos y apagados en buena compañía o en soledad, como excipiente de mucha reflexión y mucho entretenimiento. El mejor García Pavón».

PRÓLOGO

SIEMPRE HABÍAMOS SABIDO que García Pavón era un escritor capaz de hacer novela de crímenes sin olvidarse de ser entrañable. Aquí, en *Otra vez domingo*, nos enteramos de que era además un hombre valiente. La presente novela está escrita durante los primeros años de la transición, cuando las cosas no estaban aún lo suficientemente claras como para mostrarse abiertamente crítico sin arrostrar ciertos peligros. Sin embargo, el autor se adentra en la historia haciendo gala de una enorme capacidad de dentellada al franquismo, y justo donde más solía dolerle: en el flanco de la ridiculez. Gracias a su humor y al desparpajo de los personajes, toda aquella ideología antidemocrática queda reducida a un decadente fante al que le falta poco para desaparecer sin que nadie vaya a llorarle. Vehiculando la crítica a través de comentarios y algunos episodios francamente descacharrantes, García Pavón consigue retratar las miserias de un régimen político al que muy pocos parecen respetar en sus horas finales (la acción se sitúa en los últimos años del dictador).

Creo que estas consideraciones que acabo de apuntar resultan útiles en sí mismas para los que se acerquen a la novela con ánimo sociológico. Sin embargo, *Otra vez domingo* es una ficción que literariamente saca también provecho del marco histórico que el autor le proporciona. La inmediatez de la muerte de Franco y la perspectiva de un

cambio cercano, dotan a la historia de un suave aire de melancolía que todo lo envuelve. Ahí tenemos a *Plinio*, esta vez represaliado por sus jefes, contemplando la vida bajo un nuevo prisma que es, al mismo tiempo, una satisfacción y una amenaza: su hija Alfonsa se casa. Durante la pesquisa que resolverá un extraño crimen, el detective se nos presenta un poco desengañado y algo tristón. La ausencia de la hija será una losa que él intenta relativizar, pero que gravita sobre su cabeza de modo permanente. Eso, unido a sus problemas con el poder, harán que lleve el caso a buen puerto casi de mala gana, a contracorriente, sin que los halagos que recibe por su inteligencia y buen hacer, consigan levantarle la moral.

Junto a ese tono crepuscular *Otra vez domingo* ofrece unos personajes que, desde la víctima a los testigos, son tan risibles como trágicos en el fondo. Tenemos, como siempre: diálogos vivos, un lenguaje riquísimo, humor de buena ley y un estudio de la sociedad pueblerina de la época absolutamente certero. ¡Ah! y grandes cantidades de cigarrillos encendidos y apagados en buena compañía o en soledad, como excipiente de mucha reflexión y mucho entretenimiento. El mejor García Pavón.

ALICIA GIMÉNEZ BARTLETT

A Margot y
Eugenio Gutiérrez Santos

PLINIO Y DON LOTARIO, según su costumbre en las atardecidas inanes, raboteaban por el Paseo del Cementerio con las manos en la espalda y el verbo suspendido. De rato en rato echaban ojeos a los árboles enclenques ya con sienas otoñales, a los coches que iban y venían por la carretera paralela al Paseo, y al sol caidón y ya tintado de brasa.

—Desengáñate, Manuel, desde que mecanizaron los entierros, perdieron solemnidad. Antes, cuando moría un paisano, entre velorios, idas y venidas al cementerio a golpe de talón; despido del duelo en la puerta de la casa, rosarios y funerales, cumplía uno como Dios manda al dedicarle día entero o día y medio al sucumbido... Pero ahora, con eso de despedirse el acompañamiento en la misma puerta de la iglesia; venir —los muchos compromisos— en auto al cementerio, y siempre sin paciencia a que el camposantero acabe de ennicharlo, los entierros han quedado en mero trámite... Y la culpa es de los coches, que trajeron la prisa al mundo; y de los curas, que perdieron aquella paciencia de cuando venían al cementerio vestidos de sotana tres o cuatro veces al día, según el número de sepelios. Ahora, desde la puerta de la iglesia echan la bendición al finado, y a fumar o a escuchar discos en la sacristía.

—Lleva usted razón, don Lotario, pero, según mis alcances, igual les da a los muertos que los acompañen veinticuatro horas entre latines y bostezos, o que los descarguen en el buzón del nicho a noventa por hora. El muerto paz quiere, y no tanta pesadez oratoria y suspirante como antaño. Aparte de que la gente está ahora más *desazoná*.

—¿Más? ¿En los pueblos? ¿Para qué? El rodal urbano de los pueblos es igual que siempre, si no más chico, por la emigración, y eso de amontonar domicilios en torres de pisos... Será desazón por volver al casino a encajarse las manos entre los muslos y ver pasar las nubes y los autos. Y en tocante a la paz del muerto, te diré que los hombres de ciencia no están muy seguros si *bastanticas* horas después de cerrar los ojos y la boca los difuntos, no oyen los ruidos y decires del cortejo, e incluso se ventosean de manera suavísima, pues posiblemente los oídos, como el otro agujero del cuerpo, causan baja mucho después que el corazón. Prueba de ello es que algunos que estuvieron orgánicamente muertos durante largo rato, cuentan que oyeron los lamentos o alegrías de sus deudos, así como las propias espiraciones inferiores. Por eso hay que emplear mucho tiempo en velorios y entierros, hasta que el ser quede totalmente despedido.

—Pero eso no deja de ser una suposición, porque el tío que de verdad está hecho cosa en su féretro, tieso y blanco como el requesón, aunque le vocees al oído que fue un hijo de la gran penca o que tuvo más cuernos que Cardoso, no mueve un pliegue de la cara, ni desunce las manos de sobre el ombligo para darte la hostia pertinente...

—Perdón Manuel —y ahora no me refiero a tus argumentos—, pero desde hace unos días te noto más caidón y deshojado que una viña en noviembre.

—Lleva usted razón, don Lotario, pero ya va para una semana que no tengo ganas ni de afeitarme y, como si se me hubiera colado una nube en el cerebro, lo veo todo grisáceo y sosón.

—Eso son astenias autumnales, Manuel. Verás como así que pinte el invierno vuelves a tu ser.

—¿Qué quiere decir astenia?

—Debilidad, decaimiento.

—Yo tenía entendido que esas cosas sólo les pasaban a los más jóvenes, que todavía tienen las arterias jugosas.

¿Pero a estas alturas, ya tan duros de todo?

—Es que tú, Manuel, en el fondo eres todavía joven.

—... Sí, será en el fondo, como usted dice, porque cada vez que me miro en el espejo me veo la superficie más empañada y adiosera.

—También puede ocurrir, Manuel, que te acose un poco la próxima boda de tu hija. Es lo malo que tienen los hijos únicos, que cuando se los llevan, no es que te quedes un poco deshabitado como todo padre cuando se le casa un descendiente, es que te dejan hueco total, máxime si es hija y tan querenciosa como tu Alfonso.

—Es posible que lleve usted razón. Cada vez que pienso que mi hija dentro de nada vivirá en otra casa, se acostará cada noche acompañada y no la oiré cantar en nuestra cocina, es que me dan ataques de negrura. No me imagino el corral sin ella, la alcoba vacía, ni salir cada mañana sin su beso.

—Ay, Manuel, a pesar de tu aire reposado, eres un sentimental, un padrazo.

—No sé si será sentimentalismo, palabra que siempre me sonó mal. Lo que pasa es que mi vida no es sólo la de mi cuerpo, la de mis deseos y desprecios. Está muy apretada a la de mi mujer, la de mi hija y la de unos cuantos amigos como Braulio y usted.

Don Lotario fue a contestarle agradecido, pero un gorgorito tan gordo de saliva se le colocó en el umbral de la tragadera, que lo dejó sin habla y con los ojos blandorros.

Durante unos minutos ni coches ni camiones pasaron por la carretera. Sólo sonaba el piar de los gorriones ya enramados, y las voces de unos niños que corrían entre los árboles.

—Pero no hay que exagerar, Manuel —dijo don Lotario ya repuesto—, casar a una hija no es para tanto. La cosa pasa de verla todos los días a verla un día sí y otro no, como quien dice, y enseguida se acostumbra uno... Pero nada más.

—Sí lo es, don Lotario. Es despartarse casi del todo. Desde ahora será de otro hombre a quien querrá más que a uno, porque será el padre de sus hijos, de la continuación de su vida. Y siempre se quiere más lo que permite continuar que lo que quedó zaguero. Ante ellos, carne de la carne, la carne de los padres es carne pasada, carne que ya cumplió su fin al criarla para esto, para criar ella... Y las risas y llantos de sus hijos le ahondarán mucho más, sin comparación, que las risas y los llantos de sus padres ahora, que ya son como retratos colgados en la habitación donde no se entra todos los días.

—Te comprendo, Manuel, y te encuentro lírico, son que asoma raras veces en tu cuerda de terruñero templado.

—... Y para remate, ¡otra vez domingo!

—Ya salió tu manía contra los domingos, Manuel.

—No es mi manía, es que los aguanto muy mal. Si fuese cazador, aficionado al fútbol o jugador de cartas, los mataría mejor. Pero sin oficina, sólo a golpe de casino, no me dirá usted que el panorama es menudo... Y es que en los pueblos no debía haber domingos. Bastante cansino es en ellos cada día de diario, para añadirles encima el de los días feriados... Yo noto que los domingos tengo otro cuerpo. Se me abre la boca a cada poco, y no espero nada de la hora siguiente.

—El estar en vísperas de casar a tu Alfonsa hará que éste sea un domingo diferente para ti.

—Ca, menos. Cualquiera para en la casa o les habla de algo. Sus cabezas sólo están en la boda... Yo, los domingos, con la gente tan lentorra, las calles con las tiendas cerradas y sin el personal de costumbre que anime cada puerta y cada esquina, me siento como si viniese de un entierro, pero para volver a otro... Es para lo único que son buenos los domingos: para morir. Los domingos va mucho personal a los entierros.

—Qué cosas tienes.

—Y cuando peor se soportan es por las tardes. Por la mañana, todavía huelen a algo. La gente taconeá más, parece que esperan cosas. Pero después de la hora del café, hasta el sol y las nubascas parecen paradas en el cielo.

—Si quieres vamos a comer a Ruidera.

—Allí también es domingo, don Lotario.

ASÍ LAS COSAS, de pronto oyeron un vozarrón:

—¡Las ocho y sereno!

Miraron a lo largo del Paseo, pero sólo vieron a los chiquillos que antes corrían entre los árboles, y ahora, al oír la voz, quedaron con la boca abierta y los ojos buscones.

Y enseguida tomó el vozarrón con aire jocoso y risotada:

—¡Don *Plinio* y don Lotario, por España y su Revolución Nacional Sindicalista!

Y detrás del coche que había junto a la puerta del taller, apareció la cabeza emboinada de Braulio, riendo con ansias no propias de filósofo. Los dos niños reían también. *Plinio* y don Lotario apuntaron a Braulio con sus índices paralelos.

—¡Anda, puñeta, el filósofo en un garaje!

—No, señor veterinario, en un garaje no, sino en un engarajable —dijo alzando su talla con chaqueta marrón y brazos larguísimos.

—Ves tú, Manuel, a éste el otoño le ha dado orgiástico.

Braulio, sin despartarse del auto voceó otra vez:

—Tengo sumo gusto en invitarles a tomar en mi bodega, con risotadas y en paz, una jarra de vino blanco de la cosecha del año que murió Novillo, y un cuarto de queso en aceite del que hace Miguel Huertas. Queso tan rico tan rico, tan sabrosón tan sabrosón, que haría babear a un triciclo. ¿Se acepta?

—¡Se acepta! —voceó don Lotario levantando los brazos en forma de uve—. Venga, Manuel, verás como con el

vino blanco y el queso amarillo te desciende la astenia matrimonial y dominguera... y la otra que no hemos citado.

—Tenía ganas de algo y no sabía qué —dijo Braulio con aire meditabundo mientras se les arrimaba—, y al verlos venir Paseo arriba, desde el ventanuco de mi granero, se me cuajó *todicamente* el deseo: «Ya lo sé: quiero comer queso en aceite y beber vino blanco, pero con éstos, con los justicias desautorizados»... Y sé por qué lo digo, que de todo se entera uno, aunque pase el día entero espulgándose en el granero.

Plinio endureció el gesto y atusó la intención al diálogo.

—Pero vosotros, aunque pasábais frente a mi bodega, ni se os ocurrió pensar en mí.

—Es que el Camposanto con que remata el Paseo tiene más personalidad que tú, Braulio —le dijo *Plinio* sin diluir su gravedad y casi con aire vengativo.

—De personalidad, nada, jefe. Que en un pudre hocicos no hay más personalidad que la del camposantero... Y ése, desde luego, no tiene comparación con uno. Los muertos se dejan su personalidad en las cabezas ajenas, en los recuerdos que otros tienen de ellos, porque se marchan huecos como canutos... Personalidad del fallecido, personalidad legada. Soy más persona yo que todos los que allí miran al techejo de su ataúd con las manos sobre el halda.

—Bueno, Braulio, vamos contra el queso y el vino, frutos muy de solespones, pero a condición de que postergues tus tocatas mortuorias, que Manuel no tiene el ánimo para conversaciones tan oscuras.

—Pues dejado está el tema... pero conste que, de verdad de verdad, no hay otro. Por eso los vidatenientes somos tan feos. Si no supiésemos desde el mismo tajo del ombligo, como quien dice, que acabaremos en la piltra de piedra, los cuerpos humanos serían más hermosos, las mentes menos cicutrinas y nos pasaríamos la mayor parte de las noches con el borlón enhiesto. Fijaros en los animales: todos tienen cara de mocetes, siempre con mimos ale-

gres y lengüetazos al viento, porque nadie les contó su final. Porque los hombres, desde que amanecemos hasta el acueste y aún en los mejores ratos, vosotros me entendéis, pensamos en el mismo patrón aunque sea de relámpago... Si a mí me ha ocurrido estar mirando encandilado unas mameallas frutosas y, de pronto, imaginar que un día las desinflaría la siniestra y quedarían en mero aire, sin la funda blanca ni el broche del pezón... El aire de billones y billones de tetas desinfladas por el alfiler de la muerte adorna el ambiente. Por eso da a veces tanto gusto respirar hondo. Porque respiras espíritu de teta, de teta paloma.

—¿Y las mujeres qué respiran, Braulio?

—No sé qué te diga, Manuel, porque no me imagino el remate viril hecho cierzo.

Bajo el porche de la bodeguilla, había una mesa baja con el porrón de vino y un cuarto de queso, entre oro viejo y verde, respirando aceite por los poros brillantones.

—Mentiste como un bellaco. Braulio.

—¿Por qué, señor matamachos?

—Porque has dicho que se te ocurrió la idea del vino y del queso al vernos pasar, y resulta que los tenías aquí apañados.

—Algo hay de eso, don Lotario. Como a veces me llega tal nubarrón de palabras a la boca, me expliqué mal. La idea cabal es que tenía ansia de librarme del camaranchón, a ver si columbraba comensal. Y al cabo aparecísteis vosotros siempre tan apetecibles como el manjar y el trago, y rápido me bajé hasta el auto vecino y os eché el canto de la unidad sindicalista.

—Vaya, hombre, qué astuto eres para zurcir.

—Y otra cosa que me apetece mucho esta tarde es dejar la lengua desenganchada de la razón, para que hable sola a golpe de instinteces.

—Entiendo lo que quieres decir, pero antes del concierto de palabras solas que nos avecinas, hagamos los hono-

res a la fuente y el vaso, que el color de ese queso me ha despabilado el estómago.

—Pues vamos, Lotario, que los solos de lengua si llegan son de por sí repercusión de vasetes.

—Anda, leñe, eso le pasa a todo el que se moja demasiado.

—Pero sin comparación. El borracho vulgar dice palabras locas. Yo conciertos verbales.

—No es de filósofos soltar músicas sin razones.

—Amigo don Lotario, las buenas razones son letra de las músicas que el filósofo se traga para que no le tomen por liviano.

Plinio, complacido, pero sin ganas de hablar, los miraba apuntando sonrisas.

—¿Te das cuenta, Manuel, qué tarde lleva el Braulio?

—Ya, ya lo veo.

—De cachondez espiritual, maestros. Todos tenemos cachondeces, pero mientras a las mentes virulas no les pasan de la ingle, a los elegidos nos sube hasta la cúpula cerebral. Venga, señores, bebamos primero, para untarle el portal al queso.

Escanció subiendo el jarro a la vez que la ceja derecha y, luego de hacer un círculo en el aire con su vaso, exclamó con los ojos encarados al resol de la tarde:

—¡A la salud del vecindario!

Apurados los vasos, labiotearon a gusto, y Braulio, con solemnidad, sacó la navaja y cortó tres cachos de queso como pulgares. El aceite verde dorado, que dijo, desde los ojillos invitaba al lengüeteo. Y Braulio masticó con los ojos cerrados; entornados el veterinario; y *Plinio* meditabundos, pero abiertos.

—¿Qué tal? —les preguntó con las comisuras oleadas.

—Lleva razón usarce, señor Sócrates.

—Gracias, señor albéitar.

—... Si criaran a los chicos con aceite, vino y leche nada más —saltó de pronto Braulio habría menos gentes aviesas.

Lo que malogra el espíritu son artificios tales como los gazpachos, los coches, el tabaco y las sábanas de nylon.

El sol, color capullo, besaba ya, de puro bajo, los cabaletes de los tejados. Y los tres masticaban con las bocas muy cerradas y los párpados caidones, para no perder punto de sabor.

—Pensándolo bien, Manuel —saltó Braulio cuando menos podía esperarse—, los dos problemas que te cayeron encima este otoño serán históricos en el largometraje de tu vida... Pero como todos los problemas, por históricos o esocedores que sean, a la larga te traerán regocijo y tema de conversación. Que uno disfruta siempre contando lo que le pasó aunque fuera malo. El hacer de cada hora pasa como minuterero, y sólo vale la pena lo que queda en el recuerdo, sean risotadas o paramales. Un encuentro con hembra, pongo por caso, da su gustazo, pero más gusta el recordar luego cómo puso la cara la contraria en el momento del lance; cómo curvó la nalga al saltar de la cama; o aquella risa que echó ante el espejo cuando le pasaste el cepillo del pelo por el pezón derecho... También la muerte de un amado duele.

—Ya está otra vez con los muertos —dijo don Lotario, echándole el humo del cigarro hacia el vuelo de la boina.

—Oye, y un inciso —se metió *Plinio*—. ¿Es que tú cuando ligabas le rozabas a la entregada los pezones con un cepillo del pelo?

—Te contestaré por orden: Sí señor, algunas veces les rocé con el cepillo del pelo o el de los dientes. El que tenía más a mano. Y con buenos resultados placenteros si se hace con tiento. Y en cuanto a hablar de muertos, te repito que es tema que me gusta más que el de las pulgas o los desodorantes. Decía que todos los problemas por gordos que sean acaban siendo hermosos. Que el señor Gobernador de la provincia la haya tomado contigo, seguro que por celos y malas uvas a instancias inferiores, y no te deje intervenir en casos extramunicipales, aunque tú seas, Manuel, el